

CORRESPONDENCIA

de San Miguel Garicoïts

(Primera época 1825 - 1833)

EN EL SEMINARIO MAYOR DE BETHARRAM

No tenemos cartas de San Miguel Garicoïts anteriores a su nombramiento en el seminario mayor de Betharram. Su correspondencia se inicia en esta casa; y, de 1825 a 1834, presenta un triple carácter de fervor, autoridad y bondad.

Se siente el ardor un poco impaciente del candidato a la santidad. En la primera página que tenemos de su mano, declara que *sólo tiene en vista el bien*. Es el bien, el avance espiritual, la perfección que propone enseguida a las almas que entran en su órbita.

En sus palabras, se percibe enseguida el tono seguro que le da su título de director, y luego de superior del seminario diocesano. Ordena: *"Haz el bien... Sé hombre de Dios..."* Se adivina que no tiene la costumbre de ver sus órdenes discutidas: *"Vuestro violinista popular debe renunciar a su oficio."*

Pero hay también, en los textos más rudos, algo de humano, de reconfortante, que no se oye en esta época a través de las rejas de los confesionarios, en los labios de sacerdotes contaminados por el veneno jansenista. En vez de miedo, San Miguel inspira confianza y abandono en Dios, inspira paz, alegría en Dios: *"Tienes que alegrarte en el Señor... conservar la paz de Nuestro Señor"*, pues Dios quiere ser servido *"con un corazón dilatado y lleno de alegría."*

1. - A P. Martín Hardoy¹, cura de Cambó²

Betharram³, a 18 de febrero de 1826

Estimado padre:

Desde el pasado martes Monseñor⁴ está con nosotros⁵. En este momento está haciendo la ordenación. Hoy quiere ir a almorzar a Pau y, en el transcurso de la próxima semana, volver a Bayona.

Aprovecho la gentileza de su empleado para hacerle llegar estas líneas.

Discúlpeme por mi tardanza en escribirle y le pido que cuente con mis mejores sentimientos de respeto y estima para con Ud. Están siempre grabados en mi corazón y nunca se extinguirán.

Si, mientras estuve con Ud.⁶ le di motivo de descontento, si lo mortifiqué con la franqueza con que le descubría mi corazón, fue a pesar mío: en todo lo que hice, sólo tuve en mente el bien de su parroquia. Me alegro de saber, por varias cartas recibidas, que ese bien se hace y se acrecienta de forma visible. Para mí son noticias agradables.

Estoy muy bien en este seminario⁷. Monseñor está saliendo de la capilla. Me veo en la obligación de terminar. Deseo de todo corazón que su salud se mantenga e, incluso, se mejore con la venida de la primavera.

Tengo el honor, Señor párroco, a través de una verdadera y agradecida estima, de ser su muy humilde y obediente servidor.

Garicoïts, Presbítero.

Le ruego, Señor párroco, que no se molestes en escribirme. El Sr. Hiriart⁸ tendrá el gusto de darme noticias tuyas.

Tenga la bondad de no olvidarme ante sus familiares. Mis pensamientos lo recuerdan con placer y a su parroquia. Cuénteles de mí a Juana y a María.

2. - A una desconocida⁹

(1827)

Estoy respondiendo muy tarde a su carta del 17 de abril. Temo que este atraso le haya causado pena. Por lo demás, puede estar segura que no la olvido en absoluto ante el Señor. Siempre pienso, con nuevo consuelo, en las gracias que le ha hecho y a las que, no temo decirlo, ha respondido con generosidad.

¡Cuánto debe alegrarse ahora en el Señor por haberle respondido con un sí, dueña de si misma y pudiendo usar de su libertad! Le ha pedido renunciar a ella y ofrecerla de nuevo en sacrificio, cuando al mismo tiempo y como para recompensarla de ese nuevo sacrificio, le ha presentado su divino Corazón y le ha asegurado la posesión eterna por la consagración que Ud ha hecho de todo su ser. ¡Con qué alegría ha debido renovarla anteayer, esa consagración! ¡Cuántas gracias no habrá derramado sobre Ud según la promesa que le ha hecho!

Por lo tanto, no habría yo tenido que animarla, en esa época, a pesar del sentimiento que tiene de su indignidad, a que se acerque...

No piense en dejar a su confesor; es un Padre bueno que sólo le ha dado buenos consejos. Deje de lado, pues, ese afecto que la atrae hacia él y las impresiones que pueda producir. Tú solo, Jesús mío, Tú solo. (Supongo que exteriormente nada pasa entre Ud y el confesor, nada contrario a la decencia y a la modestia). Y si es así, ¿que ganaría con dejarlo? En seguida experimentaría las mismas miserias con otro, y, luego, con un tercero, etc.

No cambie para nada su modo de vida. Coraje y confianza. A la corona de los esposos, se añadirá la corona de los mártires. Adiós, Hermana, todas las generaciones la proclamarán feliz¹⁰.

Jesús, mi buen Maestro, no me pertenezco, soy todo para ti. Haz de mí todo lo que quieras. Aquí estoy¹¹, Maestro, soy feliz de servirte.

3 - A una persona del mundo

(Noviembre 1829)

He estado de viaje, Hermana, desde mediados de octubre a comienzos de noviembre. Esto me ha impedido responder en seguida a su carta del 20 de septiembre.

Mucho bendigo al Señor por el feliz éxito con que ha coronado sus preocupaciones y sus solicitudes por la institución tan hermosa que creó. Qué inmenso bien resultará para

gloria de Dios y salvación de las almas. El Maestro ha querido a través de esto probar que fue por una disposición de su Providencia que la había retenido en su familia.

Pero no dejó de ser su servidora y su esposa. Quédese, entonces, muy en paz en el lugar en el que él mismo la ha colocada, y tenga por cierto que cuando quiera cambiarlo, se lo hará conocer de una manera que no le dejará lugar a dudas. Mientras tanto, haga el bien que él le pide. Hágalo sin prisa, tranquilamente y en paz. Sí, Hermana, el buen Maestro, quiere que la saboree, esa paz; es suya; se la dio la víspera de su muerte y, para confirmarla y para asegurarle su disfrute, viene a establecer su trono casi todos los días en su corazón.

Si se siente atraída por este divino alimento, Deo gratias. Si le falta el gusto sensible, adelante. No deje ninguna de sus comuniones, aunque esté en la mayor de las sequedades. Entonces, dirá con toda sencillez a nuestro Señor que va a él porque lo necesitas y no puedes privarte de él. Ve, entonces, que en cualquier caso debe ir a Jesús como a un buen Maestro, hablarle siempre con toda sencillez y confianza y conformarse en el estado de vida que él quiera.

Feliz abandono. Es tan glorioso para nuestro buen Maestro. ¡Qué consolador y meritorio para el alma! Este santo abandono debe excluir toda inquietud, todo temor y ensanchar siempre el corazón a través de la confianza y el amor.

Adiós, querida Hermana, no dejaré de presentarla, por manos de María, al Corazón de su divino Hijo. En efecto, de su Corazón adorable, pero por manos de María, brotarán las gracias de las que es fuente y de las que María es la Protectora y de las que tanto necesita...

4. - A la misma

17 de noviembre de 1829

¡Qué dulce consuelo, hija mía, me causó su carta del 20 de setiembre! ¡Qué bueno es Dios! Ya le había concedido muchas gracias; ahora le concede una que desde hace tiempo deseaba ardientemente para Ud: la gracia de la paz. Apréciela, ámela mucho esa paz que el buen Maestro nos dice ser la suya y que le ha dejado en testamento la víspera de su muerte. Es, pues, el don de su Corazón.

Por consiguiente, hija mía, prefírala también a todos los bienes de la tierra. Desprecie desde ahora todas las vanas sugerencias del demonio que sólo trabaja para enturbiar la paz de los servidores y servidoras de Jesucristo. No más inquietudes, ni miedo del esposo. Tantos testimonios de la bondad del Señor y de su amor ha recibido que sería entristecer su Corazón querer dudar de él.

Así, pues, nada de volverse atrás con inquietud, sino siempre ánimo y confianza. Sirva al buen Maestro con un corazón abierto y lleno de alegría. Y el buen medio, con espíritu de fe, es dejar todos los acontecimientos, todas las contrariedades en las manos del Señor y oírle decirte a cada instante, como en otro tiempo a sus discípulos: "Soy yo, no teman nada, tengan confianza". Y entonces, no tendrá problemas en aceptar de sus manos todo lo que le presente. De manera que, hija mía, su vida debe ser una tierna y continua aceptación de todas las voluntades del buen Maestro; y, así como él durante su vida, siempre tenía en el corazón y en la boca estas palabras del Evangelio: "Ita Pater; sí, Padre", así también debe tener siempre en su corazón y en su boca estas mismas palabras, todas llenas de amor: "Sí, Jesús mío, sí, mi buen Maestro.

Ve que, en ese sentido, respondo a lo que me dice de la pena que experimenta: que está desorientada, a menudo privada de una parte de sus ejercicios de piedad, por las ocupaciones de la casa, o de las visitas, o de los cuidados que le debe a sus padres. A todo

digamos sí, y estemos contentos. Dígalo también en los momentos de sequedad, de pena y de miseria, cualesquiera que sean; y, en las tentaciones, conténtese con lanzar una mirada de confianza y de amor al Corazón de Jesús, sin mirarlos ni combatirlos directamente. Finalmente, modérese e, incluso, calme los deseos de perfección; y que en su corazón, tiernamente unido al Corazón del buen Maestro, todo sea tranquilo y apacible. Entonces lo apreciará y dirá que es bueno.

La exhorto, si por otra parte nada en su posición exterior lo impide, a que añada una comunión a las que acostumbrabas hacer, sin perjuicio de las fiestas.

Adiós, hija mía. Quiero dejarla en un tierno y santo abandono en las manos del Señor. Diga con el Santo Rey: "El Señor me conduce, nada me falta".

Rece por quien se siente entregado a Ud en el Señor. ...

5 - A un eclesiástico¹²

miércoles,(1830-1832)

Muy querido Amigo:

Respecto a su músico ambulante¹³, debe renunciar a su oficio, o no podrá recibir la absolución, porque no hay ningún baile público, ni de bodas en donde no se cometan pecados mortales; y en la dirección de las almas, no hay que salir de una simple posibilidad, hay que fundar las decisiones sobre los hechos. Hay que pensar lo mismo cuando se trata de bailarines y bailarinas en general, con más razón cuando se trata de un músico¹⁴.

Pero, ¿cómo hacer atrayente la dirección? No es fácil. Además, no está obligado a eso; es cosa de Dios. En cuanto a Ud, procure ser hombre de Dios y haga a sus penitentes reflexiones que encontrará en Daguerre¹⁵, página 110 (55 preguntas) y en otros pasajes, sin dejar de decirles que ningún sacerdote puede darles la absolución si no hacen tal o tal otra cosa.

En cuanto a los músicos, no hay sombra de duda. Así lo dicen Sartolou¹⁶ y Guimon¹⁷, y todos los teólogos, cuando se trata de bailes, ya sean privados, ya sean públicos, tal como son hoy.

Alabado sea Jesucristo.

Garicoïts, Presbítero.

6 - A una persona del mundo¹⁸.

(enero de 1830)

Querida Hermana:

Recibí a tiempo la carta que me envió el 7 del presente. Créame que no necesito que llegue el nuevo año para acordarme de Ud ante nuestro Señor. Nunca olvidaré lo que ha hecho por Ud, ni tampoco la fidelidad con que Ud ha respondido a su gracia.

Penétrese cada vez más del sentimiento de su bondad. Es su Maestro bueno, y no la llama sólo su servidora, sino su amiga. Y es también muy de veras su único esposo; Ud sabe qué vínculos la unen a él y a su divina Madre. Entonces, que no se diga que alguna tentación

o prueba, sea cual sea, le hará dudar un instante de su amor y alterar la paz de su alma. Aunque le parezca que hayas sido infiel, no se deje llevar por el desánimo. Diga, pues, sencillamente a Jesús, que va a tratar de mejorar. Y luego, ánimo, confianza y santa alegría. Así es como el Señor quiere ser servido. ¿Dónde estaría el mérito de su confianza, que es para él tan gloriosa y querida, si usted encontrara en sí misma más que testimonios?

No cambie en nada sus normas y no deje ninguna de sus comuniones. Haga, en su momento, cada año, una revisión sólo del año. Pero nunca haga, con quien sea, ninguna confesión general. Ocúpese de las buenas obras, sin entregarse a ellas, conformándose con las que la divina Providencia le presente, y pidiendo consejo si tiene dudas. Lo más importante y lo que más le recomiendo insistentemente, es que se cuide para conservar esa paz tan dulce y preciosa que nuestro Señor le ha dado, la paz que es su paz, la paz de su Corazón, y que le ha dejado en testamento la víspera de su muerte.

Así, pues, confianza y abandono sin límites en las manos de tan buen Señor. Y esa expresión: "Sí, Jesús", en todas las pruebas posibles. Ese "sí" que habitó en el Corazón de Jesús y que se dirigía con tanto amor a su Padre: "Sí, Padre", debe también habitar en su corazón y debe llegar a estar en sus labios, dirigiéndose a Jesús; ahí está el medio seguro de la paz.

Adiós, hermana; siga rezando por el que será hasta el fin el más devoto de sus servidores en Jesucristo.

Nada hemos dicho de María, nuestra Madre; pero acuérdesse siempre de estas palabras: Todo por María.

Garicoïts¹⁹, Pbro.

7. - A una persona del mundo²⁰

(Después de julio de 1830)

Con qué consuelo recibí su cartita. Pero también cuánto lamento no haber secundado desde hace tiempo el deseo de escribirle y de tranquilizarlo sobre mi vida.

En los acontecimientos que ocurrieron²¹, no hubo nada grave. Me agarré sólo una enfermedad que me dejará en cama por dos o tres días más y que no tendrá peores consecuencias.

Dentro de poco y de muy poco, le escribiré para que digamos juntos que Dios es bueno, y cuánto me gusta recordar las gracias que le ha concedido. Sí, hermana, a menudo admiro la bondad de Dios para con Ud, y lo bendigo por su fidelidad en responderle.

Siento mucho la pérdida de su padre. Por eso, está más obligada a ser el sostén y el consuelo de su pobre madre...

Pero pronto proseguiré, si Dios quiere.

Adiós, hermana, no se preocupe por mí.

Garicoïts, Pbro.

8. - A Simonet²²

9 de mayo de 1832

Querido Simonet:

Le pido de antemano que no falte a su palabra. Para ello, tome sus precauciones. No puedo esperar. Debo rendir cuentas. Tenga cuidado, por favor.

Su humilde servidor.

Garicoïts, Pbro.

9. - A P. Juan Bautista Cogombles²³, cura decano de Nay.

Bétharram, a 13 de mayo de 1832

Señor párroco:

Recibí, del señor Doucine²⁴, los ciento cincuenta francos que me envió. Trataré de hacérselos llegar lo antes posible a P. Garat²⁵.

Reciba, Sr. párroco, el homenaje de mis respetuosos sentimientos con los que soy su muy obediente servidor. Garicoïts, Pbro.

NOTAS

¹ **Martín Ardoy** nació el 29 de diciembre de 1760, en Cambo. Fue encargado de Cambo el 23 de julio de 1803. Tenía 65 años y había tenido un grave ataque de parálisis, lo que no le permitía desplazarse sin ayuda. Sostenido por el P. Miguel Garicoïts, llegaba con dificultad a la iglesia. Murió el 6 de abril de 1826.

² **Cambo**, a 20 kilómetros de Bayonne, era, en esa época, una ciudad de unos 1300 habitantes. El Santo erigió allí la primera Conferencia del Sagrado Corazón.

³ **Bétharram** era un barrio de Lestelle, entre Pau y Lourdes. Desde el siglo XIV, una devota capilla era centro de peregrinaciones a la Virgen. La estatua que se veneraba, desapareció en España, cuando Jeanne d'Albert hizo quemar el santuario a fines de 1569. Fue reconstruido en 1614 por David Bequel, párroco de Nay, inaugurada en 1615, por Pierre Geoffroy, superior de Ntra. Sra. De Garaison, enriquecida en 1616 por Mons. Léonard Trapes de una nueva estatua de María con el Niño Jesús en sus rodillas y destacada, en 1616 por la aparición de una cruz luminosa. El obispo de Lascar, Jean de Salette, envió allí, en 1621, al P. Hubert Charpentier que, antes de construir en Parías el calvario de Mont-Valérien, agrandó la iglesia primitiva, construyó el Monasterio, erigió el Calvario y fundó la Congregación de Ntra. Sra. De Betharram. Sus miembros, en 1661, terminaron de construir el santuario actual y fomentaron las peregrinaciones. La Revolución acabó por confiscar sus bienes, parar su apostolado y turbar el culto.

Con el Concordato, la obra recomenzó, primero por un capuchino, el P. Joseph Sempé y un doctrinario, el P. Procope Lasalle (ver Carta 222) y, finalmente, por San Miguel Garicoïts. Éste fundó una sociedad de sacerdotes misioneros y educadores, una escuela primaria y secundaria, construyó un Calvario artístico, renovó las peregrinaciones y la devoción a Ntra. Sra. de Betharram en los países en los que trabajan sus hijos.

⁴ **Monseñor**. Se trata de Paul-Thérèse-David D'Astros, nació en Tourves (Var), el 15 de octubre de 1772, fue ordenado el 30 de setiembre de 1797, nombrado vicario general de París el 5 de setiembre de 1805, vicario capitular el 10 de junio de 1808, encarcelado por Napoleón tres años antes de abdicar. Fue capellán de las Hijas de la Cruz en París; nombrado obispo de Saint-Flour en 1819, fue elegido como sucesor de Mons. Loison, fallecido el 17 de febrero. Consagrado en Notre-Dame el 9 de julio e instalado el 13 de agosto, rechazó, en 1828 el arzobispado de Besançon. Dejó la diócesis de Bayonne el 28 de abril de 1830 por la de Toulouse; fue promovido Cardenal el 30 de setiembre de 1850 y murió el 29 de setiembre de 1851.

Cuando llegó, la diócesis de Bayonne, incluía tres departamentos: Bajos Pirineos, Altos Pirineos y Landes; a partir de 1823 fue limitada al primero. A Mons. d'Astros debe su organización administrativa y casi su fisionomía actual. La restauración religiosa, comenzada por Mons. Loison, fue retomada por él con más energía y amplitud. Su solicitud se refirió, en primer lugar y sobre todo al clero, agente esencial de esta recuperación.

Mons. d'Astros conoció a San Miguel cuando éste estaba al servicio de su secretario, el canónigo Honnert; aprendió a estimarlo y se interesó por él. Lo nombró profesor en el Seminario Menor de Larressore, vicario de Cambo, director des Seminario Mayor de Betharram y capellán de las Hijas de la Cruz de Igon; Lo animó a fundar una sociedad religiosa: "*Empiece su obra y, sin adelantarse a la Providencia, sigala en todas sus indicaciones*" (Pierre Duvignau, Doctrina Espiritual, p. 297). Permaneció en contacto con él hasta su muerte. Lo admiraba y lo veneraba, llamándolo *el venerado Padre muy santo*. En su testamento de dejó, a él y al P. Guimón, la suma de 22.000 francos.

Por su lado, San Miguel recibió una grande influencia de ese prelado. Le debía mucho de su ser sacerdote. La devoción al Sagrado Corazón, la importancia primordial de la vida interior para los sacerdotes, la necesidad de las misiones, la urgencia de la educación de la juventud, fueron todas influencias del Card. d'Astros..

- ⁵ La estadía de Mons. d'Astros en Betharram se extendió desde el martes 14 al sábado 18 de febrero.
- ⁶ Después de la ordenación, el 20 de diciembre de 1823, San Miguel fue vicario de Cambo desde el 1º de enero de 1824 hasta el 7 de noviembre de 1825. Le sucedió a P. Sallenave y fue sustituido por P. Dassance. Su primera firma en los registros parroquiales es del 1º de febrero de 1824 y la última, del 23 de octubre de 1825.
- ⁷ En el seminario de Betharram, San Miguel fue nombrado profesor el 7 de noviembre de 1825: será nombrado Superior a la muerte del canónigo Lasalle, el 5 de julio de 1831.
En la antigua casa de los capellanes, el P. Lasalle había abierto, el 13 de noviembre de 1808, un seminario-colegio que un decreto imperial del 15 de noviembre de 1811 clausuró al final de ese año. Fueron necesarios muchos trámites para que fuera declarado Seminario Mayor, el 15 de noviembre de 1812. Al comienzo fue una escuela de teología; pareció providencial que, en 1813, pudiera recibir a una parte de clérigos del seminario mayor de Bayonne que la invasión anglo-española había expulsado. Luego de un mediocre inicio, la obra tomó impulso y se transformó en el seminario mayor más importantes de los tres departamentos de la diócesis. Sólo había 30 alumnos, en 1814, pero serán 100 en 1821 y más de 130 a partir de 1824. Fue necesario, para recibirlos, construir un piso más y fue pagado por P. Lasalle.
A ese anciano meritorio, siempre a la cabeza de la institución, Mons. d'Astros le puso al lado a un joven colaborador de confianza, Miguel Garicoits. El superior del seminario se había preocupado de la construcción, San Miguel se preocupará del espíritu del seminario.
Oficialmente no era sino un profesor: ocupará sucesivamente las cátedras de filosofía, de Sagrada Escritura y de Teología; antes de ser superior, fue economo. En realidad, en poco tiempo, fue hombre de autoridad y que todos respetaban, maestro que seducía, guía intelectual y director espiritual de toda esa juventud sacerdotal. Le comunicaba su sentido de Dios, una piedad hecha de amor respetuoso que tiene que brillar en el culto divino. Libre de los prejuicios del antiguo régimen, de la tiranía jansenista y de las pretensiones galicanas, la inmunizó contra la intoxicación de Lamennais y liberal para desarrollar en ella el pensamiento de la Iglesia romana y los tesoros del Evangelio.
Su influencia fue grande, por su rica personalidad, y todavía fue más profunda por el tiempo que duró. Mons. d'Astros que quería un clero de elite, con la ordenanza de 1827 y el estatuto diocesano de 1829, impuso a los clérigos seis años de seminario: dos de filosofía y cuatro de teología, con la cláusula de que el último año tenía que prolongarse hasta la ordenación en Navidad. Lentamente, con sus cursos, San Miguel formó la inteligencia de sus alumnos. Con celo, ya que casi todos eran sus penitentes, formó en ellos un alma sacerdotal. Proveyó las tres diócesis de Bayonne, de Aire y de Tarbes de un ejército de sacerdotes fervorosos y dinámicos. Si esas regiones fueron, durante un siglo, tierras de fe, fue sobre todo ellos, sus alumnos, los artesanos de ese despertar de la fe.
- ⁸ El **Sr. Hiriart**, era dueño de una pensión en Cambo, donde San Miguel colocó a su primo, J-B Etcheberry (ver Carta 12).
- ⁹ Esta carta escrita completamente por la mano de San Miguel, no está firmada. Este hecho y el estilo diferente de los textos posteriores, hacen dudar de su autenticidad. Antes de rechazarla, habría que probar que las diferencias de estilo no es a causa de la diferencia de edad: no se escribe a los treinta años como a los cincuenta. Por otro lado, es fuera de duda que las ideas y las palabras vuelven frecuentemente, en San Miguel.
- ¹⁰ San Miguel tenía el culto de la Sagrada Escritura. Era un pozo de ciencia y sus contemporáneos admiraban la amplitud de su conocimiento: ciencias, letras, filosofía, así como teología eran sus principales intereses. Pero consideraba que la Sagrada Escritura debía ser el "*primer conocimiento por el cual debía brillar un sacerdote*" (ver: carta 241). Como profesor de Sagrada Escritura, se obligó a aprender el Hebreo (cosa rara, en esa época, en el clero) con la gramática de Buxtorf y estudiaba los textos sagrados en diversos comentarios, entre otros, los de Picquigny.
Su correspondencia, como sus conversaciones espirituales, está jalonada de citas bíblicas en las que se concentra su pensamiento, su espíritu. Recomendaba a los sacerdotes, en su ministerio, el uso de "*palabras breves, luminosas de la Sagrada Escritura a sembrar como de paso*" (Duvignau, Doctrina Espiritual, p. 331). Pero, a veces da un gran lugar a textos, como en las cartas 2, 3, 7, 31, 74, etc. Estaba convencido de la acción poderosa de la Palabra.
- ¹¹ "**Aquí estoy**" es una de las expresiones en la que San Miguel trata de concentrar su espiritualidad. La expresión traduce la expresión vasca *huna ni* que era usada por el servidor cuando quería ponerse a las órdenes del patrón que lo había llamado. Como servidor, San Miguel la había pronunciado pronta y respetuosamente. La retoma, ahora, como servidor de Dios, para manifestar su pronta sumisión a la voluntad divina, por amor y por obediencia, que son el "*sentimiento-rey*" y la "*disposición-reina*" para una vida espiritual bien orientada.
Tal vez sean características del alma vasca: brotan ya en los labios de su compatriota, el apóstol de las Indias, San Francisco Xavier y expresan la tensión de un corazón completamente entregado a Dios. El 16 de marzo de 1540, San Ignacio, enfermo, manda llamar a Francisco Xavier: "Maestro Francisco, usted sabe que, por orden de Su Santidad, dos de los nuestros tienen que ir a la India y que elegimos, para esta misión, a Maestro Bobadilla. Su enfermedad le impide partir. El embajador no puede esperar que se cure. Esto es para usted". Inmediatamente, el Padre, con alegría y gran prontitud, responde: "Está bien. ¡Adelante! ¡Aquí estoy!" (Monumenta Xaveriana, 1901).
San Miguel tiene la linda sorpresa de encontrarlas en la Sagrada Escritura, pronunciada por el Verbo Encarnado, en el primer momento de su Encarnación: "*No quisiste sacrificios ni holocaustos ... Entonces dije: "Aquí estoy"* (Sal. 39, 10); "*ofrendas, oblaciones y holocaustos por los pecados no quisiste... Entonces dije: Aquí estoy para hacer tu voluntad*" (Heb 10, 8-9).
Desde ese momento, San Miguel retomó continuamente, en sus conversaciones y en su correspondencia, estas palabras, a veces en latín, a veces en francés. Las hizo imprimir en imágenes. Desarrolló su sentido, en un acto de presentación y de ofrenda que adjunta a menudo a sus cartas.
Muy frecuentemente, agrega al *ecce venio*, el *ecce ancilla* de María.
Atribuía a estas palabras verdaderos prodigios. Al meditarlas, hacia 1840, la Srta. Bonhecaze renunció a un brillante matrimonio para hacerse Hija de la Caridad; en 1842, el joven Pierre Barbé opta por el sacerdocio y la vida religiosa.
La expresión, condensa el espíritu con el que el fundador de la Sociedad del Sagrado Corazón quiere animar a sus discípulos. Por eso, el 28 de octubre de 1852, reunidos en Asamblea General, la adoptan como lema oficial. Como su Padre venerado, perciben en el *Ecce venio ut faciam voluntatem tuam*, "ese grito del Salvador que nace en el primer momento de su encarnación y que recuerda tan bien los sentimientos que deben caracterizar a los miembros del Instituto" (Bourdenne, Vida y Cartas, p. 119).
Si lo abreviaron en el *Fiat Voluntas Dei*, fue porque sabían que, como en el famoso *ad majorem Dei gloriam* de los jesuitas, es más importante subrayar el fin que los medios o los sentimientos que tienen que llevar a él (ver Carta 103).
- ¹² Carta autógrafa de Betharram. La fecha es indicada por la presencia simultánea en Betharram de P. Sartolou y de P. Guimon, que eran profesores del seminario.

¹³ No se puede juzgar a San Miguel, como moralista, únicamente en base a esta decisión. Cuando escribía esta carta, tenía poco más de treinta años, es comprensible que fuera excesivo y todavía vivía bajo la influencia de su educación rigorista. Sus profesores fueron hombres austeros, hasta jansenistas sin querer. ¿Cómo no caer en cierta severidad, con esa educación, además de la influencia de su temperamento y de su atavismo?

De hecho, el trato con las almas lo fue llevando a una moral más tradicional de la Iglesia. En el confesionario adquirió rápidamente fama de bondad. Su misericordia con los pecadores escandalizaba a algunos que no tenían ni su virtud ni su sabiduría, menos aún, su equilibrio. Hasta lo sospecharon de laxismo. De su parte, lamentó haber seguido durante demasiado tiempo, los principios rigoristas que le habían inculcado. Proclamaba su preferencia por los “*camino llenos de suavidad y de ternura*”.

Se pueden reconstruir las etapas de esta lenta evolución. Desde su infancia, fue alertado contra el jansenismo que llevó a su madre a torturarlo, a propósito de su primera confesión y que le cerró el camino a la Santa Mesa, en Ibarre. Aparentemente, no estudió la *Theologia dogmatica et moralis* de Louis Baillo, que será puesta al índice por rigorista y galicana, en 1852. En el seminario de Dax, tenía como manual la *Theologia de Poitiers*, notoriamente anti-jansenista y, al mismo tiempo, rigorista (*probabiliorista*) y galicana. Pero su profesor, el canónigo Dupoy, era bastante conformista y no se privaba de indicar algunas “vías de escape”.

Felizmente, esta doctrina era cada vez más difundida. San Miguel la encontró en el *Abregé de principes de morale* de Daguerre, que reinaba en la región y San Miguel tenía un aprecio especial para ese teólogo compatriota al que llamaba “*nuestro Daguerre*”. La Teología de Portier, en 1826, se hizo Teología de Toulouse, donde fue reeditada por el sulpiciano Vieusse bajo el título de *Compendiosae Institutiones theologiae ad usum seminarium tolosani*. El Obispo de Bayonne la tenía siempre en su mesa, y San Miguel no podía ignorarlo.

Dos opúsculos se descubrieron nuevos horizontes. En el seminario mayor de Betharram, tuvo entre manos y resumió el *Curso manuscrito de teología* que Jean Auguste Gosselin dictó a sus alumnos de San Suplicio. Finalmente, a partir de 1828, tuvo que conformarse a las directivas de su Obispo, Mons. d'Astros que publicó un *Pequeño manual de los párrocos para la diócesis de Bayonne*.

Hacia 1830, se opera un cambio total: comenzaba a imponerse la autoridad de San Alfonso María de Liborio. Los discípulos de Lamennais eran acusados por sus adversarios de *liguorizar* la mora. En 1832, un profesor del seminario de Besançon, el futuro Card. Goussset, lanzó su *Justificación de la teología moral del bienaventurado Alfonso de Liborio*. En 1839, con el concurso del P. Gury, sacerdote de la diócesis de Rodez, Neyraguet edita un *Compendium Theologiae Moralis S. A-M de Liborio*. Era un compendio de la doctrina de Busembaum y de San Alfonso que San Miguel adoptó inmediatamente y que dio rápidamente a sus alumnos de Betharram y de Saint-Pé.

Después de esta obra que cayó como un rayo sobre la teología rigorista, el Card. Goussset publicó, en 1844, una *Teología moral a uso de los párrocos y de los confesores*, cuyo texto, claro y sólido, acabó con el jansenismo y, en 1848, una *teología dogmática*, cuyo vigor hizo callar el galicanismo. Dos años después, en 1850, el jesuita Jean Pierre Gury publicó su *Compendium theologiae moralis*, donde se mostraba fiel discípulo de Busembaum y de San Alfonso.

San Miguel ampliaba cada vez más su búsqueda. Consiguieron las obras de San Alfonso, en cuanto aparecieron en Francia, en 1859. Comenzó a estudiar la Suma teológica de Santo Tomás de Aquino, investigó las obras de Perrone, de Scavini, los tratados de Suárez, su “*querido Suárez*”, como lo llamaba. Estos maestros lo liberaron de los principios severos que había recibido de las obras de su juventud, hasta en los *cuadernos de Lbomond para confesar a niños*, y la *Pastoral de París* que resumiera con mucho cuidado.

¹⁴ No habría que confundir con los músicos de hoy a los juglares de esa época. A fines del siglo XVIII y comienzos de XIX, eran considerados casi pecadores públicos. “Es que su música, explica un cronista del Labourd, servía demasiado frecuentemente a provocar bailes absolutamente indecentes y, por eso, eran condenados por todos los sacerdotes piadosos y lúcidos. La opinión pública atribuía una especie de deshonor a esta profesión”.

El moralista al que se refería San Miguel, era más intransigente que otros. Mientras participaba de la fiesta de bodas de su hermana en Larressore, en cuanto los juglares entraron comenzando a tocar su música, el severo P. Daguerre se levantó y le pidió a su padre que echara a los intrusos. Éste no hizo nada y fue él mismo que los expulsó: “Ofenden a Dios y provocan que los demás lo ofendan”.

¹⁵ **Jean Daguerre** había nacido en Larressore en 1703 y murió en Bayonne en 25 de febrero de 1785. Después de sus estudios en el colegio jesuita de Bordeaux, de un período como profesor en el seminario de Aire y vicario de Anglet, fundó en Larressore un cuerpo de misionero y un seminario. Daba a sus seminaristas cursos por preguntas y respuestas. Publicó lo esencial en Poitiers, en 1763, bajo el título de “*Compendio de principios de moral y de reglas de conducta que un sacerdote tiene que seguir para administrar bien la Penitencia*”. Era un resumen de la Teología de Poitiers. El opúsculo tuvo otra edición en 1773 y otras cinco antes de la mitad del siglo XIX. San Miguel, que lo siguió al comienzo de su ministerio, lo llamaba “*nuestro Daguerre*”.

¹⁶ **Jean Sartolou** nació en Gurs (Bajos Pirineos) el 23 de julio de 1794. Fue ordenado sacerdote en 1820, vicario de Sauveterre el 1º de marzo de 1821, encargado de Gestas el 15 de febrero de 1822, profesor de teología en el seminario mayor de Betharram el 22 de octubre de 1825; fue colaborador de San Miguel hasta el 16 de julio de 1830, cuando fue nombrado de nuevo encargado de Gestas. Fue de nuevo llamado a ocupar la cátedra de teología, el 30 de octubre de 1830: la dejó el 30 de julio de 1832 para ser párroco de Gan. Nombrado Decano de Accous, el 4 de abril de 1837 y arcipreste de Oloron en 1841, murió en 1856.

¹⁷ El P. Simon Guimón, ver Carta 66

¹⁸ Copia inédita. Sobre la autenticidad, ver carta 3. El destinatario es el mismo.

¹⁹ El **nombre de Garicoits**, es bastante difundido en el País Vasco, con grafías muy diferentes. Aparentemente, proviene de *garai-co-etchea*, casa-en-la-altura.

La consonante inicial, puede ser G o C. La segunda sílaba admite una o dos Ry la vocal es a veces A, a veces I. La última sílaba es la que tiene más variantes. Comienza siempre con CO. Pero termina con X (que, en vasco, suena como el SH inglés), con CH, con TCH, con CHE o con TCHE, o, finalmente, con TS o TZ.

En la familia de San Miguel, se encuentran, aleatoriamente, algunas de estas formas. Su abuelo, en el acta de matrimonio del 10 de diciembre de 1767, se llama Garacoits: su tío aparece como Garacoitz y Caracoits, Garicoix y Caricoix otro tío, Garacoitz. El primero de sus hermanos, se llama Joannès Caracoitz, en el acta de nacimiento y Garicoitz en el de matrimonio; su otro hermano, Manech es Caracoits, en su nacimiento y Caracotche en el bautismo de un sobrino de Hosta. Su padre Arnaud, se llama Caricoits, en el acta de matrimonio Caracoits, en el acta de nacimiento de San Miguel y Garacoits en otra acta. En otros registros, aparece como Garacoche, Garacoiche, Garicoiche o Garicoitche. Su esposa, Gratiannie Etcheberry, es la “señora Garicoix en el registro de bautismo de Hosta. Sus parientes, en general, utilizaron la forma Garicoitz.

San Miguel, en sus papeles oficiales como en su correspondencia, por lo menos desde los 19 años, sólo utilizaba este nombre y firma: Garicoits. Adoptó ese grafía y esa pronunciación, en el obispado de Bayonne, antes de su partida para el seminario menor de Aire, por sugerencia de su protector, el canónigo Honnert, secretario de Mons. Loison: el nombre original vasco de su protegido, terminaba con una especie de estornudo que chocaba a los oídos delicados se ese buen francés de Lorraine; para hacerlo más francés, lo cambió por Garicoits.

Hasta ese momento, Miguel se había llamado Caracoits o Garacoits, en las actas de nacimiento; él mismo, como padrino firmó Caracotxh, en el registro de bautismo de Garris, en 1811; su condiscípulo en el colegio de Saint-Palais, en 1812, lo llamaba Caricoits; finalmente, el obispado de Bayonne, hasta 1847 sólo conoce al Padre Garricoits, salvo en 1809, donde aparece Garicoits.

²⁰ Copia inédita. Tiene, como destinatario, a la misma persona que la carta 3.

²¹ Probablemente alude a los sucesos de la Revolución de Julio de 1830, que tuvo varios momentos de hostilidad contra el clero y la Iglesia.

²² Carta autografiada de Betharram.

Simonet era una familia de Lestelle, que había adquirido, bajo la Revolución, una parte del Calvario de Betharram. Uno de sus miembros, Justin, fue miembro de la Sociedad.

²³ Copia, cuyo texto fue publicado en la revista *Estudios históricos de la diócesis de Bayonne* (año VII, p. 24).

Jean-Baptiste Cogomble nació en Oloron en 1764, fue vicario de Saint-Martin de Pau, decano de Lagor, en 1804, párroco-decano de Nay en 1811. Mons. d'Astros le ofreció, en 1829 ser arcipreste de Orthez, pero prefirió quedarse en Nay donde murió en 1848.

Estuvo en relación con San Miguel, especialmente a partir del momento en que éste fue confesor extraordinario de las Dominicas de Nay.

²⁴ **Doucine** o, mejor dicho, Doussine era una antigua familia de Coarraze, un miembro de la cual, Bernard Doussine, compró la iglesia de Betharram por 1.500 libras y el monasterio por 3.025, en 1796: En 1807 y en 1813 las cedió a Mons. Loison por 1.000 y 1.200 francos.

²⁵ **Jean-Baptiste Garat**, nació en Hasparren el 7 de julio de 1773 y fue ordenado a los 34 años, en 1807. Nombrado vicario de Ustarritz, en 1814 fue nombrado a Hasparren. En 1822, fue superior de la casa de los misioneros diocesanos de los Sacerdotes Adoradores del Sagrado Corazón y murió el 4 de enero de 1847, con fama de santo.

Estaba hecho con el metal del que se hacen los héroes y los santos. Atraído desde su infancia por el sacerdocio, comenzó a estudiar latín con el vicario de la parroquia, su tío, el P. Elhuyar, pero se desanimó pronto y abandonó Julio Cesar y su sintaxis por la hoz y la carreta de su padre. Otras herramientas fascinaban ese temperamento de fuego: la espada y el fusil; a los 19 años se enroló entre los Cazadores Vascos que la revolución había constituido para la defensa de las fronteras con España. En 1795, la paz de Bêle lo trajo de vuelta a Hasparren con los lauros de la victoria.

Para consolarse de las aventuras de soldado, se dedicó a una vida de juegos y divertimentos; se entregó con febre y furia; durante seis años fue el alegre compañero de todas las fiestas de la juventud; un matrimonio ventajoso, iba a poner fin a todas sus locuras: todas las disposiciones habían sido tomadas, cuando un golpe de escena sacudió la ciudad de Hasparren: Jean-Baptiste Garat decidió ser sacerdote.

Se retiró en el pueblito de Ahetze, pidió al párroco, el P. Duhalde, que le enseñara latín y de completar su instrucción. Con una energía sobrehumana, este estudiante de treinta años, alcanzó la suficiente ciencia y virtud; en 1807, Mons. Loison le confirió el sacerdocio.

Bien pronto, en la linda ciudad de Ustarritz, donde debutó como auxiliar de un jansenista, P. Etcheverry, adquirió fama de orador. El decano le pidió que haga el sermón de San Juan Bautista. Él aceptó. El domingo 26 de junio de 1814, toda Hasparren estaba al pie del púlpito para escuchar a su ilustre compatriota y fue a toda Hasparren que se dirigió; habló de él mismo, de su pasado, de los escándalos penosamente confesados, con el remordimiento ardiente de una confesión pública. Todos estaban conmovidos: habían venido a escuchar a un orador y escucharon a un santo.

Respondiendo a los deseos del pueblo, el decano lo pidió enseguida como colaborador y lo logró. El nuevo vicario, con ardor de un apóstol, se empeñó a llevar a su ciudad natal a la verdadera vida cristiana. Combatió los bailes, la vanidad femenina, desarrolló la piedad eucarística y propagó la devoción al Sagrado Corazón.

Pero su celo se sentía como preso en esta parroquia. Quiso extender su acción a todo el País Vasco. El decreto del 6 de octubre de 1821 de Mons. d'Astros creó la Casa de los Misioneros diocesanos. Al comienzo, había sólo dos diáconos, gírese e Inchauspé. P. Garat solicitó el honor de fortalecer el equipo; le fue concedido y otros se fueron agregando: los PP. Guimón, Perguilhem, Sarrote, Haramboure, etc. La comunidad de Sacerdotes Auxiliares para las Misiones estaba constituida. En búsqueda de una residencia, después de pasar por Bayonne y por Larressore, acabó estableciéndose en Hasparren, en 1826.

El P. Garat era su superior, el nombre, elegido por Mons. d'Astros, era *Sociedad de los Sacerdotes Adoradores del Sagrado Corazón de Jesús*; Tenía reglas y profesión religiosa; con los planes del Sr. Jauretche (ver carta 19), se construyó una capilla. Sus miembros conquistaron la consideración de la población, con su ministerio, pero, la Revolución de 1830 suprimió la casa y dispersó a los misioneros.

Solo en Hasparren, P. Garat esperaba el momento propicio para retomar su obra. Fue en 1833; la sociedad recomenzó, pero con otros eclesiásticos: Deyéralde, Hiriart, Irigoyen, Curuchet, etc. Los viejos se habían ido a otra parte: Guimón y Perguilhem, a Betharram, Inchauspé a NAy (ver carta 27), Haramboure a Larressore y Serrote a la Trapa (ver carta 163).

Al mismo tiempo que trabajaba con sus religiosos para el progreso espiritual de su país, P. Garat se volvía un bienhechor de su patria pequeña. Hasparren le debía la escuela para niñas, confiada, en 1834, a las Hijas de la Cruz, un hospicio, en 1844, el colegio Saint-Joseph, bajo la dirección, desde 1848, de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Agotado por sus labores y por su austeridad, inmobilizado por úlceras en las piernas, P. Jean-Baptiste Garat murió en la noche del 3 al 4 de enero de 1846.

A su muerte, la obra continuó bajo la dirección del P. Jean-Baptiste Deyhéalde, hasta el 21 de abril de 1881, y de P. Hiriart, hasta 1888. En esa fecha retomó vigor, bajo la dirección del P. Jean-Pierre Alberbide, antes de fundirse en 1898, con la Sociedad de los Padres del Sagrado Corazón de Jesús de Betharram.

Fue durante su estadía en Larressore y en Cambo, entre 1821 y 1825, y su viaje a Ustarritz que San Miguel conoció a P. Garat. Éste tenía para aquel, la consideración que un ignorante tiene para un sabio y un pecador para un ángel. Lo consultaba a menudo y, en 1831, por un asunto que oprimía su conciencia: "Tuve la imprudencia, escribí, de hacerme imponer una penitencia de por vida, hasta que pueda, de ayunar dos veces por semana... Al agravarse mis enfermedades, me siento intranquilo por saber hasta qué punto estoy obligado a hacer estos ayunos". (Bourdenne, *Vie et Lettres*, p. 254). A éste joven aspirante a la santidad, le da los consejos de un anciano: por medio de P Ségalas, el 4 de octubre de 1843, le recomienda que sea fuerte y "gizon prestu", un hombre fuerte y suave.

Por su lado, el fundador de Betharram veneraba al fundador de Hasparren. Fue corriendo a verlo, poco antes de su muerte; al comienzo de su propia fundación, adoptó las reglas de su Sociedad; más tarde, hizo su elogio:

"Ordenado sacerdote, fue nombrado vicario de Ustarritz, teatro de antiguas mundanidades, que se transformará en teatro de su celo. Esta parroquia estaba en ruinas: el párroco tenía 64 años; se bailaba con furor y había cinco o seis bailes.

Como un nuevo Agustín, P. Garat comenzó con una confesión pública y la retractación de sus antiguos errores; después, predicó, trabajó, combatió como un apóstol.

Un día, el párroco lo obligó a bajar del púlpito. El domingo siguiente, el mismo venerable pastor, de rodillas, le pidió perdón delante de toda la parroquia.

En seis años, toda la población fue profundamente sacudida y era irreconocible; ni un baile, ni reuniones nocturnas, ni siquiera para limpiar el maíz.

Esos admirables éxitos no fueron logrados sin muchos sufrimientos físicos y morales: bromas sobre su pretendida conversión, publicación de su antiguo libertinaje, malas pasadas de toda clase. Nada le fue ahorrado: pero él continuaba.

En el púlpito, era tan verdadero, tocando tan bien su auditorio en el íntimo del corazón, en los detalles de su vida, dando motivos tan simples, tan justos, tan populares que los más recalcitrantes estaban obligados a rendirse.

- Es verdad, decían, es el hombre de nuestras almas, sólo quiere el bien, nuestra felicidad en la tierra y en la eternidad.

La gente quedaba emocionada, entusiasmada.

Esta fuerza soberana, el P. Garat la conservó hasta el fin de su vida. Ya viejo e impotente, se enteró de que la juventud preparaba una mascarada. Todo estaba listo y ya se habían gastado dos o tres cientos francos. En el momento en que la fiesta tenía que comenzar, se hizo transportar a la iglesia, en la silla en la que lo clavaba la enfermedad, y habló con tanta elocuencia que todos esos lindos planes fueron abandonados" (archivos de Betharram, notas inéditas).